



Quédate más
tiempo David Viñas
Piquer



DESTINO

Quédate
más
tiempo

David
Viñas
Piquer

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1557

© David Viñas Piquer, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

© de la cita de *Duérmete, niño*, Eduard Estivill y Sylvia de Béjar, Plaza y Janés, 1996.

© de la cita de *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, Dale Carnegie, Eclipse, Edhasa, 2010.

© de la cita de *Inteligencia emocional*, Daniel Goleman, Kairós, 2010.

© de la cita de *La lectura, los libros y otros ensayos*, Arthur Schopenhauer, p.170, Editorial EDAF, 1996.

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las citas. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, la editorial ruega que le sea comunicado.

Primera edición: enero de 2022

ISBN: 978-84-233-6059-8

Depósito legal: B. 18.399-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Mi madre me acaba de decir que mi padre llegó tarde anoche y que mi tía Flora se ha enfadado con su amiga Anita porque ayer no quiso acompañarla a comprar un abrigo.

 Mi padre, mi tía Flora y Anita murieron hace ya bastantes años.

 Mi madre tiene alzhéimer.

*

No puedo quitarme la imagen de la cabeza. Entre mi hermano mayor y la cuidadora cubana bajaban a mamá por la escalera. Veinticinco, treinta escalones como mucho, no suman una escalera larga, pero a mí me pareció interminable y nunca como entonces eché tanto en falta un ascensor en esa casa. Al principio, yo estaba esperando en la calle, dentro del coche, escuchando tranquilamente la radio, pero luego tuve la sensación de que tardaban demasiado y me preocupé, así que puse los cuatro intermitentes y fui a ver qué estaba pasando. Todavía iban por el primer tramo de la escalera. Comprendí que iba a ser imposi-

ble llevarla al hospital en ese estado y llegar hasta el mostrador de admisiones, donde seguro que nuestros nervios iban a contrastar con la calma insultante con la que nos atenderían. Sugerí que llamáramos a una ambulancia. Mi hermano me dio a entender que estaba de acuerdo moviendo la cabeza arriba y abajo varias veces, sin apartar la vista de mamá en ningún momento, ni siquiera para comprobar si yo había entendido su gesto de aprobación. Marqué el número de emergencias en mi móvil y tardaron menos que nada en atenderme. Mientras esperábamos, siguió el descenso. Mi hermano sujetaba a mamá por la cadera y la animaba para que diera un paso más, y luego otro. La cubana (¿se llamaba Delia?, ¿Celia?) iba delante para frenar a tiempo una posible caída. A veces miraba hacia arriba y otras veces hacia la puerta, donde estaba yo mirándolos a los tres sin saber si era mejor quedarme quieto para no estorbar o subir algunos escalones y dejar que mi cercanía generara por sí sola la sensación de ayuda. Cuando por fin llegaron a pie de calle, sentamos a nuestra madre en un banco para que descansara hasta que llegara la ambulancia. No tardó mucho. Tendieron a mamá en una camilla y preguntaron quién de nosotros iba a ir de acompañante. Se apuntó mi hermano, seguramente porque la pregunta lo pilló más cerca de la ambulancia que a mí, o tal vez porque no quería separarse de mamá, no lo sé. La cubana y yo (Delia, seguro que Delia) seguimos a la ambulancia en mi coche y luego estuvimos horas y horas en la sala de espera. En algún momento se sumaron mis otros dos hermanos. Serían ya más de las once de la noche.

*

—Pasad, pasad, por favor. Sentaos. Podéis usar esa silla también. Así que sois cuatro hermanos. Bueno, supongo que ya intuís lo que pasa. Se quedará aquí unos días y haremos algunas pruebas, pero parece un diagnóstico muy claro.

No estoy seguro de si dijo «muy claro» o «muy evidente», pero las otras palabras son exactamente las que pronunció el neurólogo.

*

La oscuridad es un lugar que solemos pisar con miedo escénico porque pensamos que siempre hay algo, da igual qué, que los demás esperan que hagamos allí dentro, así que lo mejor es respirar hondo, muy hondo, y asumir que tarde o temprano vamos a decepcionar a alguien.

La oscuridad que llegó con el alzhéimer me situó en la posición de tener que saber reaccionar como hijo, como marido, como padre. Demasiados frentes. Saber cómo se llama el monstruo no hace que dé menos miedo ni ayuda a prepararte para su embestida, y desde luego no te proporciona ninguna estrategia de reacción que te garantice acertar en algo. En medio de la oscuridad avanzas a tientas, improvisas, pruebas a ver qué tal te iría con esa decisión, aunque intuyes que la contraria habría sido mucho mejor.

Ahí estaba el diagnóstico, como una amenaza ya hecha realidad, como una herida que empieza a sangrar mientras la miras atónito sin tener la

más mínima idea de cómo podrías detener la hemorragia.

En fin, nada que no pueda resumirse con la pregunta: ¿y ahora qué?

*

Les conté que su abuela nunca iba a dejar de ser su abuela, pero pronto iba a dejar de ser ella misma. Dije *pronto* y me arrepentí de no haber buscado otra palabra o alguna expresión que asustara menos y que tal vez hubiera evitado la pregunta de Lia.

—¿Cuánto tiempo es pronto?

Les dije que teníamos que hacernos a la idea de que cada día estaría un poco más lejos y que tendríamos que prestarle nuestros recuerdos para retenerla entre nosotros porque los suyos iban a traicionarla. Les dije que había dicho *pronto* por decir algo, pero que también podría ser que pasara todo poco a poco, que nunca se sabe, que nadie sabe nada con seguridad, ni los médicos saben nada con seguridad. Poco a poco sonaba mejor, indicaba un tránsito, daba tiempo a despedirse. Adiviné cierto alivio en sus caras. Su abuela no era un fantasma que iba a desaparecer. Su abuela era su abuela. Les repetí que iba a seguir siéndolo, que eso nunca cambiaría. Fuimos a verla aquella misma tarde y mis hijas fueron tan cariñosas como siempre con ella, y hasta un poco más que siempre. Comprendí que tantos abrazos y tantos besos eran su manera de pedirle quédate más tiempo.

*

—¿Tú y yo dónde nos conocimos?
—En una sala de partos, mamá.

*

La ventaja de ser cuatro hermanos es que podíamos hacer relevos para montar guardia y no dejar nunca sola a nuestra madre. Aunque el problema fue cuadrar agendas. Yo puedo por las mañanas, de nueve a doce. ¿Quién viene luego? Yo lo tengo fatal. Yo peor. Ricard sugirió que se quedara la cubana la mayor parte del día y que nosotros pasáramos de vez en cuando, de visita, y así ella tendría algún descanso. A los demás nos pareció un abuso porque ya estaba previsto que Delia se quedara todas las noches. Albert creyó encontrar la solución: él vendría todas las tardes, de cuatro a ocho, y por las mañanas podríamos turnarnos los demás. En realidad, redujo el problema, pero no lo solucionó porque de doce a cuatro nadie podía adaptarse. Ricard volvió a ser Ricard: que venga la cubana. No le hizo falta decir lo que todos sabíamos que estaba pensando: le pagamos para eso. Al final pudimos desbloquear la situación porque Xavi hizo una llamada, yo otra, y los lunes y martes fueron para mí, y los miércoles y jueves para él. ¿Los viernes? Todos miramos a Ricard y nos quedó muy claro que vendría Delia.

*

Han pasado ya diez días. El médico dice que la trasladarán a un hospital muy cercano. Ya está mucho mejor, ya se parece un poco a ella. Del Hospital Vall d'Hebron al Hospital de Sant Rafael no debe de haber más de ¿cuánto?, ¿un kilómetro? Ni eso. Quince días allí, bien cuidada, y luego a casa. O tal vez no.

—¿No os habéis planteado una residencia geriátrica?

*

Creo que fue Albert quien le preguntó, porque Albert siempre pregunta, si había visto muchos casos parecidos. La enfermera lo miró con ternura, con la ternura de quien ha vivido esa escena muchas veces pero entiende que para los demás es siempre la primera vez, y solo dijo: «Cada cuatro segundos se diagnostica un caso de demencia, con un 70 por ciento de posibilidades de que sea alzhéimer». No sé de dónde habría sacado un dato tan preciso, pero dijo lo que dijo con tanta seguridad que era imposible poner en duda sus palabras y muy fácil entender que había respondido a mi hermano de forma indirecta. Había visto muchos casos parecidos porque había muchos casos parecidos.

A mí lo de los cuatro segundos me impresionó bastante. Cada cuatro segundos. Uno, dos, tres, cuatro. Ya está, ya han diagnosticado otro caso de demencia.

¿Será alzhéimer?

*

—¿Cómo pudo irse sin decir nada?

Ya estamos con la historia de mi hermano pequeño. Según mi madre, Xavi se fue de casa hace mucho tiempo sin avisar y ella no se lo perdona.

—Pero, mamá, si Xavi estuvo aquí ayer con sus hijas y te quiere mucho.

—¿Sí?

—Sí. Mira, es este de la foto.

Mientras mira la fotografía en mi móvil, aprovecho para hacerle un comentario en voz baja a mi hija Lena. Le digo: «Pobre Xavi, que tenga esta fijación justamente con él».

Mi madre replica enseguida:

—¿Pobre Xavi? ¿Y yo qué? ¿Sabes lo que se siente cuando se te va de casa un hijo sin avisar?

*

Mi madre nació en 1933 y yo en 1968, así que me tuvo con treinta y cinco años. No sé si nació el 28, el 29 o el 30 de abril porque nunca me quedó claro; lo que sí recuerdo es que la inscribieron tarde en el Registro Civil y eso hizo que celebrara sus cumpleaños el 1 de mayo. Cada 1 de mayo volvía a contar que no había nacido exactamente ese día y todos esperábamos puntualmente esa cita anual con la anécdota antes de que soplara las velas del pastel.

Cómo cambia todo cuando las repeticiones ya no son divertidas.

*

El día antes de que lo operaran de un tumor en el hígado (fue abrir y cerrar, dijo el médico, porque no había nada que hacer) mi padre y yo tuvimos una larga conversación en el hospital. Me contó toda su trayectoria profesional, desde aprendiz en el taller de una óptica, primero en la Plaça de Catalunya y luego en la Ronda de Sant Antoni, hasta que pudo montar su propio negocio en un minúsculo local al principio y más tarde ya en un lugar mucho más digno, donde se convirtió en un respetable óptico que podía presumir de tener como clientes a miembros de hasta cuatro generaciones distintas de una misma familia. La ilusión que desprendían sus ojos mientras hablaba, como si escucharse a sí mismo contando lo que había dado de sí su vida le hiciera tomar consciencia de que había valido la pena vivir, era tan contagiosa que me prometí un peregrinaje a todos los lugares en los que él había estado trabajando. Tardé muy poco en cumplir mi promesa.

*

—Conozco a uno de los directores. La residencia era de su madre, pero ya se jubiló y ahora la llevan entre él y un primo suyo.

—A mí me parece bien. No sabemos nada de ninguna otra residencia.

—¿Y dónde dices que está?

—En la Diagonal, muy cerca del Passeig de Sant Joan. Muy céntrica.

—Yo vivo a diez minutos de allí.

—Es verdad. Genial.

—Bueno, yo puedo coger el metro y en media hora me planto.

—Sí, pero a mí me queda muy lejos.

—A ti todo te queda muy lejos. Vives en Sitges.

—Allí también hay residencias.

—Bueno, yo de momento aprovecharía esta oportunidad y luego ya veremos.

—Estoy de acuerdo. Suele haber lista de espera en todas partes.

—Aquí también, pero me han dicho que, por ser nosotros, encontrarían una solución.

—O sea, ¿que no tenemos plaza aún?

—Lo sabré mañana. Van a proponer a los familiares de alguien un cambio de habitación y, si aceptan, quedaría una cama libre.

—¿Una cama? ¿No es una habitación?

—De momento sería una habitación compartida con otra señora. Pero me han dicho que está muy bien.

—Bueno, a ver qué te dicen.

—Mientras tanto que se quede con Celia, ¿no?

—Se llama Delia.

—Sí, será lo mejor.

Hablábamos los cuatro hermanos. No importa quién dijo qué.

*

Habla y habla. Nada es demasiado coherente, pero las historias no dejan de sucederse. En su mundo paralelo, ella sigue trabajando en una fábrica de caramelos de la calle Trafalgar, donde una mujer

odiosa no para de dar órdenes, y vive en la calle Àlaba, en un Poblenou anterior a las olimpiadas del 92. Vive con sus padres y con sus hermanos, Flora y Cristóbal. Pero, según cómo, ahí vivimos todos. Ni rastro de nuestra casa de dos pisos en la calle Joaquim Valls.

*

—¿Cómo está mamá?

—¿Qué mamá?

—La nuestra.

—Mi mamá eres tú. Tu madre era mi abuela.

*

No sé bien cuándo empezó esto porque ignoro en qué momento se cruza la frontera entre la demencia senil y el alzhéimer, y lo que parecía una cosa acabó siendo otra. Después de haberla tenido los últimos años en su casa a cargo de una cuidadora cubana, mis tres hermanos y yo decidimos ingresar a mamá en una residencia geriátrica. Fue una experiencia traumática, aunque nos pareció la mejor decisión. Últimamente había estado muy mal, casi sin poder hablar ni caminar. Y ya no parecía reconocernos. Según dijeron los médicos del hospital en el que estuvo ingresada más de diez días, ese estado se debía a una infección de algún tipo, puede que pulmonar, y a un evidente avance de la enfermedad. Fue uno de esos médicos quien nos dio el diagnóstico definitivo y nos aconsejó lo de la residencia.

*

El buen sabor de boca que me dejó aquella conversación que tuve con mi padre antes de que lo operaran hizo que tratara de tener una conversación parecida con mi madre durante mi turno de los lunes y los martes por la mañana en el Hospital Vall d'Hebron, que siguieron luego en el de Sant Rafael. Pero nada. No hubo manera de recuperar los lugares en los que ella había trabajado. Hice más de cinco intentos. No sé por qué insistí tanto. O sí, puede que sí que lo sepa. Quería desafiar a esa realidad que hasta hacía bien poco me resultaba tan ajena, cuando alzhéimer era eso que tenían algunas personas mayores que no eran mi madre.

*

Dos pisos antiguos que comparten rellano en una finca regia del distrito del Eixample y han quedado unidos al derribar algunas paredes medianeras. Suelo de mosaico hidráulico, techos altos, puertas de madera maciza. Habitaciones muy amplias. Dos pasillos largos y estrechos. Glorieta en la fachada principal, que da a la Avinguda Diagonal, y gran patio en la parte posterior. Nada fue pensado para ser lo que ahora es, pero se supone que todos los elementos cumplen con la normativa exigida para adquirir la licencia de actividad o apertura de una residencia para la tercera edad.

*

Fue Ricard quien lo dijo. Se metió a fondo en su papel de hermano mayor y, después de aclararse la garganta haciendo un ruido que confería gravedad a las palabras aún no pronunciadas, nos pidió que intentáramos ser realistas y añadió: «Ya nunca volverá a su casa». Entonces regresó la imagen del lento descenso por las escaleras. Antes no se me ocurrió interpretarlo de ningún modo y, de repente, ya no podía verlo de otra forma que no fuera la de un simbólico descenso a los infiernos. Se me ocurrió a mí llevarla de urgencias al hospital, pero nunca creí que salía por última vez de su casa. Una sombra de culpa empezó a angustiarme. Sentí un nudo en el estómago. Pero es que era lo mejor para ella. Es que había que hacer algo. Perdóname, mamá.

*

Ansiedad de separación. Al parecer, los niños y las niñas de entre ocho meses y un año suelen desarrollar este sentimiento de angustia cuando se separan de sus padres y se los deja al cuidado de otras personas. No saben si el padre o la madre que se ha ido va a volver o no más tarde y se sienten abandonados. El ejemplo clásico es el de los primeros días de guardería. Lloros y rabietas de niños y niñas indican que están pasándolo verdaderamente mal. Los padres también sufren, aunque experimentan a la vez una cierta satisfacción al comprobar que son tan importantes para sus hijos.

Yo no pude compartir la ansiedad de separación con mi madre ni vivir la sensación agradable de sa-

ber que soy importante para ella porque ya hace bastante tiempo que es inmune a las despedidas.

*

—El médico viene todos los miércoles por la mañana. Controlará la medicación de tu madre, no te preocupes.

—Muchas gracias, Ana.

Ana es la enfermera. Es muy agradable. Creo que está en la residencia por las mañanas. Sé que a mi madre le gustará porque siempre sonrío y mi madre es muy sensible a las sonrisas.

*

El deterioro cognitivo va provocando progresivamente cambios en el comportamiento de la persona. Me he estado fijando en lo que dicen los expertos acerca de esos cambios y digamos que no dejan mucho margen para el optimismo. Ningún margen, vaya. Desde los primeros síntomas de declive de la capacidad de juicio y razonamiento hasta que te quedes casi todo el tiempo en cama y seas totalmente dependiente hay un montón de cosas que pueden pasarte, mamá. Ni te imaginas.

*

—Se acostumbrará pronto, ya lo verás. Y vosotros también.

—Ojalá.

—Ahora tiene que encontrar su lugar aquí. Se tarda unos días, pero lo encontrará.

—Joder, es que te sientes fatal. Como si la abandonaras.

—Ya. Os pasa a todos. Es normal. Pero ya verás que luego todo cambia.

—¿De verdad?

—Además, se la ve muy sociable y enseguida se relacionará con los demás.

Marc tiene buen ojo. Mi madre es muy sociable, y muy agradable, y muy guapa. Es la más guapa de la residencia, eso lo noté enseguida. La más guapa.

*

Nunca me llevéis a una residencia. No lo soportaría. Quiero quedarme siempre en casa. ¿Lo habéis entendido? Nunca iré a una residencia. No intentéis llevarme.

No llegaba ni a los sesenta años cuando empezó a decir estas cosas. Cambiaban las palabras, pero el mensaje estaba siempre muy claro. No es que no lo entendiéramos, mamá. No es eso.

*

—Hijo, ¿cómo se llama ese cabrón alemán que me lo esconde todo?

—Alzheimer, papá, Alzheimer.

Me contaron este chiste hace algún tiempo y juraría que me reí bastante.

Pero no tiene ninguna gracia.

*

Le habré enseñado mil veces la foto que guardo en mi móvil. Aparece mi hermano Xavi con su mujer y sus hijas. Pero mil veces es igual a cero para ella. El neurólogo del hospital me explicó que el cerebro de mi madre funciona como un ordenador en el que el disco duro se ha dañado y, a partir de un momento determinado, ya nada queda grabado, pero lo que se grabó hace tiempo sigue ahí.

—Si la ayudas a buscarlo, lo encontrará. Necesitará pistas, pero lo encontrará.

—¿Y lo que no se graba?

—Lo que no se graba no existe. Es inútil buscarlo. No recordará nada reciente.

*

—La doctora Parra solo viene de vez en cuando, si tenemos alguna urgencia. Trabaja en el Centro de Atención Primaria, muy cerca de aquí. Es la especialista en casos como los de tu madre. Le pediré que pase esta semana, en algún momento, y que te explique bien lo de las fases del alzhéimer. Así sabrás a qué atenerte. Y luego se lo explicas a tus hermanos. ¿Te parece?

Con una sonrisa, lo dijo todo con una sonrisa en los labios y sin dejar de ocuparse de mi madre ni un solo instante. A mí solo se me ocurrió decirle lo que no puedes dejar de decir cuando te tratan así.

—Muchas gracias, Ana.

*

Alois Alzheimer. Psiquiatra y neurólogo alemán. Hijo de un notario. Nació el 14 de julio de 1864 en Marktbreit, una pequeña aldea cercana a Würzburg. Estudió Medicina en las universidades de Berlín, Tübingen y Würzburg. En 1887 defendió su tesis doctoral. Comenzó su carrera profesional en 1888 como residente en el Hospital para Enfermos Mentales y Epilépticos de Frankfurt am Main. En 1906 describió la enfermedad que lleva su nombre.

¿Cómo se describe una enfermedad? ¿Con cuántos adjetivos? Si con uno basta: muy puta.

El adverbio es gratis.

*

Mis padres se conocieron en una sala de baile, como era típico entonces. Se llamaba La Gavina Azul y estaba en el número 50 de la Avinguda Mistral, muy cerca de la Plaça d'Espanya, entre las calles Entença y Vilamarí. *Gavina* es «gaviota» en catalán. Qué raro que en plena dictadura usaran una palabra catalana.

—La sala se inauguró en 1933 y existió hasta 1974. O sea, que empezó con la Segunda República y no con la dictadura.

—¿Y cómo es que no castellanizaron luego todo el nombre?

—No hizo falta. En castellano también se puede decir *gavina*.

—Vaya, pues no lo sabía.

*

Entrar ahora en casa de mi madre impone mucho. Sigo notando el olor de su perfume en cada rincón y todo está como antes, por eso siempre tengo la sensación de que ha salido a comprar y ya no tardará en volver. Es raro. Voy solo de vez en cuando, para comprobar que todo está en orden y para que se vea algo de movimiento. Por seguridad. También para escoger ropa de los cinco armarios que tiene mi madre allí. En la residencia piden que les llevemos ropa sencilla, muy cómoda, y que sea fácil de poner y quitar porque las auxiliares no pueden perder demasiado tiempo vistiendo a los residentes. Mi madre no tiene ropa así. No se llenan cinco armarios con ese tipo de ropa.

*

La residencia está gestionada por Marc y Xavier, que deben de tener unos cuarenta años. Son simpáticos. Ambos cocinan y se ocupan de un montón de cosas más. De abrir la puerta a los familiares, de arreglar los desperfectos que van surgiendo, de llamar a una ambulancia si hay alguna urgencia. De un montón de cosas. Son los jefes, pero también los primeros en arremangarse cuando hay que trabajar. Me caen bien. No sabría decir cuál me cae mejor. Al menos de momento, ninguno me cae mejor que el otro. No sé si con el tiempo la balanza se inclinará hacia algún lado. Por ahora está muy equilibrada. Empate.